

para el día siguiente, agravando aún su falta de no facilitar el paso del Elster agregando al único puente que había en Leipzig otros volantes. Antes de intentar la retirada, ofreció un armisticio. El conde de Merfeld, general austriaco prisionero de los franceses, fué encargado de proponer al emperador Francisco sus condiciones. El emisario no se forjaba ilusiones acerca del resultado de su misión. «Os compadezco, señores, exclamó al abandonar los puestos avanzados de los franceses; estáis metidos en una ratonera.»

A las tres de la madrugada del día diez y ocho, todos los cuerpos franceses iniciaron un movimiento de conversión alrededor de Leipzig, á fin de reducir el círculo de cinco á seis leguas que formaba á otro de dos. Desde lo alto de los campanarios de Leipzig, se habían visto acercarse durante la noche nuevas columnas de los aliados; eran el ejército de Bernadotte, por el Norte, y el de Bennigsen por el Sud. El antiguo mariscal había vacilado, se había retardado; mas al fin, llegó. Napoleón se imaginaba que sus enemigos le temerían aún bastante para no molestarle en su retirada. Pronto se desengañó. Al amanecer, las masas de sus contrarios se pusieron en movimiento en todas partes. Los franceses no tuvieron más remedio que batirse otra vez, á pesar de ser las fuerzas de los coaligados dobles que las suyas. La gigantesca batalla empezó al mismo tiempo en los distintos puntos de la línea. Schwartzemberh dió un formidable asalto, siendo rechazado con pérdida de doce mil hombres. En el entretanto, Blücher y Bernadotte habían acometido en el Partha á Marmont, Ney y Reynier. Los dos primeros se defendieron heroicamente, mas el número de sus adversarios le abrumaba y hacía perder terreno: Napoleón corrió en su socorro y detuvo á los aliados. En cuanto á Reynier, poco pudo hacer; pues los sajones que iban con él, al verse frente de Bernadotte, se pasaron al enemigo, volviendo los cañones contra los que eran compañeros suyos desde hacía dos años. Los sajones eran los alemanes que menos agravios podían calcular contra Napoleón, por lo que su conducta, tan opuesta á las leyes del honor militar, demuestra el odio que despertaba en los germanos la dominación francesa. El ejemplo de los sajones fué imitado por quinientos ó seiscientos ginetes wurtembergueses que mandaba el general Norman. La batalla concluyó con un furioso cañoneo. En las jornadas del diez y seis y del diez y ocho, perecieron ó quedaron fuera de combate cien mil hombres. Nunca en los tiempos modernos se había conocido tan atroz matanza! Napoleón se mantenía aún en el campo de pelea, mas le era imposible esperar el tercer ataque.

Fuéle, pues, preciso ejecutar aquella noche lo que no quiso hacer la precedente, es decir, retirarse, aprovechando la obscuridad. Dictó, en su consecuencia, las órdenes oportunas, y entonces se apreció en toda su extensión la gravísima falta cometida al no tender más puentes sobre el Elster, el Pleisse y los numerosos canales de derivación que unen á ambos ríos. El Emperador dió sus adioses al rey de Sajonia y atravesó entre la multitud el puente de Lindenau, yéndose á aguardar al otro lado el paso de sus tropas.

Napoleón manifestara gran empeño el día anterior en defender la posición de Delitz-Probstzeida, de modo que los aliados creían tener que reñir el diez y nueve otra batalla por la posesión de aquella altura. De aquí su sorpresa cuando, al disiparse la niebla á la mañana siguiente, vieron que el enemigo había emprendido la retirada. Llenos de gozo, se lanzaron impetuosamente sobre Leipzig; los franceses que allí quedaran, para guardar las espaldas á sus compatriotas, les opusieron una resistencia desesperada, siendo exterminadas las primeras columnas de Blücher que penetraron en los arrabales. Los polacos sobre todo, se batieron con inaudito arrojo, luchando como leones hambrientos contra los prusianos. Empero, como las divisiones de éstos y de los rusos, suecos y austriacos se sucedían sin cesar, los defensores de la población tuvieron que decidirse á abandonarla para no ser envueltos, y habrían podido salvarse á haber más medios de atravesar los ríos. Para colmo de males, Napoleón había hecho preparar una mina debajo del primer arco del puente de Lindenau, mandando prenderle fuego no bien hubiese concluido el desfile; pero, con motivo de una gran alarma que se produjo hacia aquella parte, los encargados de volar el puente lo hicieron saltar cuando aun había en Leipzig veinte mil soldados del ejército francés, con los mariscales Macdonald y Poniatowski. El duque de Tarento se despojó de sus ropas y cruzó el Elster á nado; el valiente polaco, menos afortunado, se lanzó en las ondas del río con su caballo, mas no pudiendo subir éste la orilla opuesta por ser muy escarpada, fué arrastrado por la corriente con su ginete: según otra versión, cuando Poniatowski tocaba ya la otra margen, una bala enemiga le derribó del caballo sepultándolo en las aguas; de cualquier modo, allí sucumbió, de tan triste manera, aquel denodado campeón de la independencia y la libertad de su patria. Los aliados cebaron su sed de venganza en sus acorralados enemigos, matando por el gusto de matar. El anciano general Blücher refiere, en términos enérgicos, la alegría de que estaban poseídos los vencedores. «Ya hemos visto, escribía, los grandes y hermosos días, el diez y ocho y el diez y nueve. Cayó el gran coloso, como el roble descuajado por el vendabal. El, el gran tirano, se ha salvado; pero sus muchachos están aquí, en nuestras manos... El día diez y nueve fué tomado con terribles sacrificios y por asalto, al final de la lucha, la ciudad de Leipzig. Se quería pegar fuego á Leipzig; yo me opuse, y las baterías rusas no pudieron disparar más que con bala, en lugar de hacerlo con granadas. La infantería rusa fué la primera en entrar á mi lado en la población; por la otra parte penetraron los bravos pomerianos; en Leipzig, nos apoderamos de cien cañones. Nuestros monarcas me dieron las gracias en la plaza pública, y Alejandro me estrechó contra su corazón.» El día veinte, Federico Guillermo nombró á Blücher feldmariscal, y el emperador Francisco elevó á Metternich á la categoría de príncipe hereditario.

Aun en medio de su desastrosa retirada, dice un historiador alemán, se mostró Napoleón, lo que hasta entonces había sido, esto es, el mayor capitán de los tiempos modernos,

á quien los más ilustres generales de sus enemigos no podían «incomunicar», «cerrar» ni «aniquilar» tan fácilmente como presumen los *dilettanti* de la posteridad. El veinte de Octubre, su vanguardia arrolló á un cuerpo de ejército austriaco que le disputaba el paso del Saale. Los últimos sajones y bandeneses que le permanecieran fieles tiraron sobre su retaguardia; Alemania entera se sublevó contra él; también Murat le abandonó definitivamente, so pretexto de ir á defender su reino. En Erturt, se informó de que Wrede, con cincuenta mil bávaros y austriacos, intentaba cerrarle la salida en el Mein; sabía, además, que Bernardotte y Blücher se corrían al norte, hacia Francfort, y que Schwartzemberg se encaminaba al mismo punto, siguiendo la orilla izquierda de aquel río; era, pues, preciso ganarles en velocidad pasando por encima de los bávaros. El último encuentro se verificó en Hanau. Drouot, con una batería de cincuenta cañones, echó á los lados el ejército de Wrede. Aludiendo á éste, dijo despreciativamente Napoleón: «He podido hacerle conde, mas no general». El cinco de Diciembre repusieron el Rhin los últimos destacamentos franceses; no reuniéndose en Maguncia sino unos cuarenta mil hombres en estado de combatir, precedidos y seguidos de masas de gente desbandada, y todavía allí fueron cruelmente diezmados por una espantosa epidemia de tifus que se desarrolló.

Los franceses tenían ahora que defender el suelo de su patria. Nada había preparado para ello. Napoleón, dice Thiers, había pensado tanto en la conquista y tan poco en la defensa, que las fronteras del Imperio estaban casi desamparadas. Preocupado por la idea de reconquistar á Alemania, Napoleón había dejado ciento setenta mil hombres de excelentes tropas, dispersos en las guarniciones de las plazas fuertes del Vístula, del Oder, del Elba. Fué ésta una falta muy grande, y todavía mayor el no haberlos llevado á la línea del Elba, donde su empuje habría sido irresistible. Si en Dresde hubiese habido un hombre de acción, casi todas aquellas fuerzas se hubiesen podido salvar; pero en Dresde estaba Gouvion de Saint-Cyr, aunque buen militar, de poco arranque: de ocupar su puesto Davout, la situación habría sido muy distinta; mas este gran general se hallaba en Hamburgo, á causa de haberle reservado Napoleón, quizás por celos, un papel secundario en la campaña. Así es, que los generales que mandaban los ciento setenta mil hombres supradichos se limitaron á resistir, no capitulando hasta agotar sus medios de defensa. De este modo, todas las plazas, Torgau, Wittemberg, Magdeburgo, Stettin, Custrine, Glogau, fueron cayendo en poder de los aliados. Dantzig, donde estaba Rapp con cuarenta mil hombres y que se encontraba abundantemente abastecida, contuvo á los sitiadores siete meses, y cuando se rindió, agotadas sus subsistencias, no habían aquellos adelantado un solo paso. El único punto donde se estrellaron los esfuerzos de los aliados fué Hamburgo, que Davout defendió con energía sobrehumana de los porfiados ataques por tierra y por agua que contra la plaza se dirigieron, no entregándola sino después de caer el Imperio y de haberse establecido en Francia un gobierno regular bajo Luis XVIII.

En todas las capitulaciones se estipuló que los franceses tendrían los honores de la guerra, siendo conducidos á Francia con armas y bagajes. Ninguna se cumplió: los vencidos fueron desarmados y tratados como prisioneros. Se habían vuelto las tornas, y los aliados quebrantaban ahora los pactos con tanta impudencia como antes lo hiciera Napoleón. La fuerza bruta está reñida con la justicia.

La bandera francesa dejó casi de flotar en Europa, fuera de Francia. Malitor y Decaen fueron arrojados de Holanda por Bülow y Wintzingerode. Los ingleses se apoderaron de las islas de Zelandia, y un gobierno provisional proclamó la independencia de las Provincias Unidas. En Nápoles, Murat andaba en negociaciones con los aliados, tratando de apoderarse de la Romania, con su apoyo, y coronarse rey de la Península. Eugenio se mantuvo inquebrantablemente fiel á Napoleón, y necesitó hacer frente, á la par, á Murat y á los austriacos. El Tirol quedó abierto á estos últimos con la defección de los bábaros. Viendo amenazada su línea de retirada, Eugenio se replegó sobre la ribera del Isonzo. Los enemigos de Napoleón le ofrecieron el trono de Italia; pero él rechazó sus proposiciones y batió á sus contrarios en Caldiero. Pronto, empero, su situación fué sumamente crítica, pues no disponía sino de treinta mil hombres para defenderse de los austriacos, de las tropas de Murat y de los ingleses, desembarcados en la desembocadura del Pó. Finalmente, en España, Soult, después de cruzar la frontera, había tenido que repasarla, tras perder ocho mil hombres en varios combates, frustrándosele el intento de auxiliar á Pamplona y sin conseguir tampoco hacer levantar el cerco de San Sebastián, población que tomaron al asalto los anglo-portugueses, quienes, por cierto, entregáronse á excesos y atropellos incalificables, como si entraran en una nación enemiga: ocho días más tarde capitulaba el castillo, y habiendo querido Soult socorrerlo, los españoles, mandados por don José Freire, se cubrieron de gloria defendiendo con heroísmo, que el mejor éxito coronó, las alturas de San Marcial. Luego de echar al enemigo al otro lado de la frontera, había Wellington forzado las líneas del Nive y extendido las suyas desde Bayona, por Peyrehorade, hasta San Juan de Pie de Puerto. La invasión por el Sud, la invasión por el Norte y el Este, hé aqui la afrenta que reservaban á Francia las glorias del Imperio. Ya antes de atravesar el Rhin los vencidos de Leipzig, se había derrumbado como castillo de naipes la Confederación del Rhin. Desapareció el flamante reino de Westfalia; Sajonia fué puesta en entredicho; los Estados semi-franceses de Berg y de Francfort no sobrevinieron á la aproximación de los ejércitos coaligados, y la defección de Baviera, de Wurtemberg, de Hesse-Darmstad, de Sajonia-Coburgo, de Baden, de Nassau, precedieron á la caída de Sajonia y de Westfalia. Del edificio que tanto enorgullecía á Napoleón y por el que había impuesto á Francia tan tremendos sacrificios, no quedaba en pie una sola piedra.